

Frente del edificio de la Ferreteria Macaya.

París y el aviador Román Macaya Lahmann, su primo hermano, fundador de la Empresa "Aerovías Nacionales" y piloto calificado como el mejor que trabaja en el país.

Estos dos ejemplares sobresalientes de la descendencia del Doctor Macaya, ocupan en nuestro medio el lugar elevado que merecen y saben conservar.

EMPRESAS DE TRANSPORTE

Durante los últimos años han tenido un extraordinario desarrollo en el país las empresas de transporte de pasajeros y carga, debido sin duda a las facilidades de comunicación que ofrecen las modernas carreteras construídas entre la capital y los principales centros de población, en una longitud aproximada de 700 kilómetros, con lecho de concreto, en su mayor parte y de una anchura mínima de 4 metros.

DON AGATON LUTZ

Como no puede siempre hablarse de estos progresos sin hacer referencia a los iniciadores de las empresas respectivas, es necesario dejar aquí cons-

tancia de los empeños infatigables de don Agatón Lutz, un gentil caballero alemán que llegó al país hace unos 30 años.

En el año de 1921 el señor Lutz, en asocio de don Juan Revilla, ejemplo también del gran trabajador, fundó en esta capital la "Costa Rica Motor Company", que representaba los cuantiosos intereses de la firma norteamericana General Motor Co., iniciando la venta de los afamados automóviles de las marcas Chevrolet, Okland, Oldsmobile, Lasalle y otros.

El movimiento de automóviles principió a adquirir importancia debido a la constante actividad de los señores Lutz y Revilla, quienes comprendieron que también un servicio de transporte de carga y pasajeros, bien organizado, entre la capital y algunas poblaciones vecinas, podría dar buenos resultados.

En sus diversas empresas, el señor Lutz se ha distinguido por su espíritu resuelto y en aquella ocasión puso en práctica inmediata su proyecto, inaugurando en 1921 el primer servicio de 2 camiones de pasajeros y uno de carga entre San José y Heredia, servicio que en vista de sus magníficos resultados fue pronta y sucesivamente prolongado a Cartago, Alajuela, Desamparados y Aserri.

En poco tiempo, dos años apenas, la Empresa de Transportes de los señores Lutz y Revilla, había alcanzado halagadoras proporciones comerciales y puesto el ejemplo por estos infatigables empresarios, se formaron otras sociedades competidoras, que progresaron también porque ampliado constantemente el radio de acción, aumentó asimismo el volumen de pasajeros y carga.

Hay que poner de manifiesto que en aquella época inicial de la empresa de los señores Lutz y Revilla, las carreteras se encontraban en estado de lamentable conservación y que ante la seguridad de las dificultades que su tráfico ofrecía, sólo un espíritu batallador y decidido como el que distingue al señor Lutz, podía acometer la empresa y llevarla a buen fin.

Iniciadas, pues, por el señor Lutz las empresas de transporte de pasajeros y carga, en camiones con carrocería de construcción deficiente, se fueron estableciendo empresas nuevas que dieron a su vez oportunidad para que muy competentes obreros nacionales instalaran talleres de carrocería que hoy trabajan en condiciones de elegancia, comodidad y solidez que nada tienen que envidiar a los talleres del exterior.

Como un simple comentario adicional a este capítulo, quiero recordar que don Agatón Lutz fue también el iniciador de las actividades agrícolas de la zona del Pacífico, porque en el año de 1923 hizo las primeras plantaciones de bananos en las llanuras de Pirrís, bañadas por las aguas del río Parrita.

Luchando bravamente contra la naturaleza salvaje de aquella zona, contra la falta de medios de comunicación y lo que es peor, contra las enfermedades tropicales arraigadas durante muchos siglos, el señor Lutz logró formar una poderosa empresa que fue, más tarde, la base inicial de todos los demás cultivos que hoy mantienen la riqueza de aquella zona y ofrecen, además, un brillante porvenir.

En la actualidad, el señor Lutz es empresario de construcciones en la ciudad de San José, donde tiene dos repartos que llevan su nombre: uno en

el Barrio México y otro en el de La California. En el corto tiempo que lleva de realizar estos trabajos, la nueva empresa cuenta ya con 18 casas de habitación lujosamente construídas de cemento armado en ambos barrios.

Estas construcciones Lutz se amortizan en un período de 14 años, así: el propietario de una casa cuyo valor sea de ₡ 20,000.00, paga la suma inicial de ₡ 1,200.00 y amortiza su deuda en abonos de ₡ 200.00 durante los 14 años citados, al cabo de los cuales la propiedad se inscribe a su nombre.

Por la elegancia de estas construcciones y por su forma de pago, la empresa del señor Lutz ha tenido magnífica aceptación y es así como constantemente se inicia la edificación de nuevas casas que harán de los dos barrios mencionados, lugares de residencias elegantes.

El señor Lutz ha tomado parte, asimismo, en la fabricación de un vino de naranja espumoso que se conoce por Champaña Viuda Alegre y que ha tenido una enorme aceptación en todo el país por su delicado gusto y su fina calidad. El apoyo económico aportado por el señor Lutz a esta nueva industria nacional, la ha puesto en condiciones ventajosas para atender la demanda del producto que se acepta cada día con mayor gusto.

ALAJUELA AUTO-TRANSPORTES, S. A.

Otra empresa nacional que ha prosperado notablemente, es la Alajuela Auto-Transportes, S. A., fundada el 23 de diciembre de 1938 con seis unidades marca Chevrolet.

En un año ha tenido necesidad de aumentar a 45 sus carros de transporte de pasajeros, extendiendo además sus líneas de servicio hasta la ciudad de San Ramón, partiendo todas de la Capital de la República.

Estos 45 carros de la empresa mencionada, hacen un recorrido diario de 6.750 kilómetros y transportan un promedio diario de 8.900 pasajeros.

Durante el mes de diciembre de 1930, por ejemplo, las 45 unidades de la Alajuela Auto-Transportes S. A., recorrieron 207.250 kilómetros, transportando 267.482 pasajeros. Estas cifras dan exacta idea de la importancia de los servicios que presta al país.

Los carros de servicio de estas líneas se encuentran en las estaciones conocidas por Chevrolet, Los Angeles y Central, situadas todas en lugares de fácil acceso de modo que los pasajeros no tienen que recorrer distancias apreciables para ocupar sus lugares y salir sin pérdida de tiempo al sitio de su destino porque además se mantiene un itinerario riguroso para dar mejor servicio.

La Alajuela Auto-Transportes, S. A., tiene un personal de 117 empleados entre inspectores, choferes, cobradores, despachadores y encargados de las oficinas.

El capital social es de ₡ 183,300 y sus gastos mensuales ascienden a ₡ 45,000.00 incluyendo sueldos, gasolina y mantenimiento del equipo de transportes.

Como se ha visto, pues, se trata de una empresa poderosa dentro de

nuestro modesto medio y la prosperidad alcanzada se debe, desde luego, a la magnífica administración que tiene.

La Junta Directiva de la Alajuela Auto-Transportes, S. A., está integrada por los siguientes señores: Gonzalo Ortiz M., Abogado de la empresa y Secretario; Carlos Murillo, Luis Vargas, Luis Murillo, Ernesto Esquivel, Luis Calvo B., Milton Valverde, Antonio Vargas, Juan Pedro Quesada, Aníbal González y José Antonio Soto.

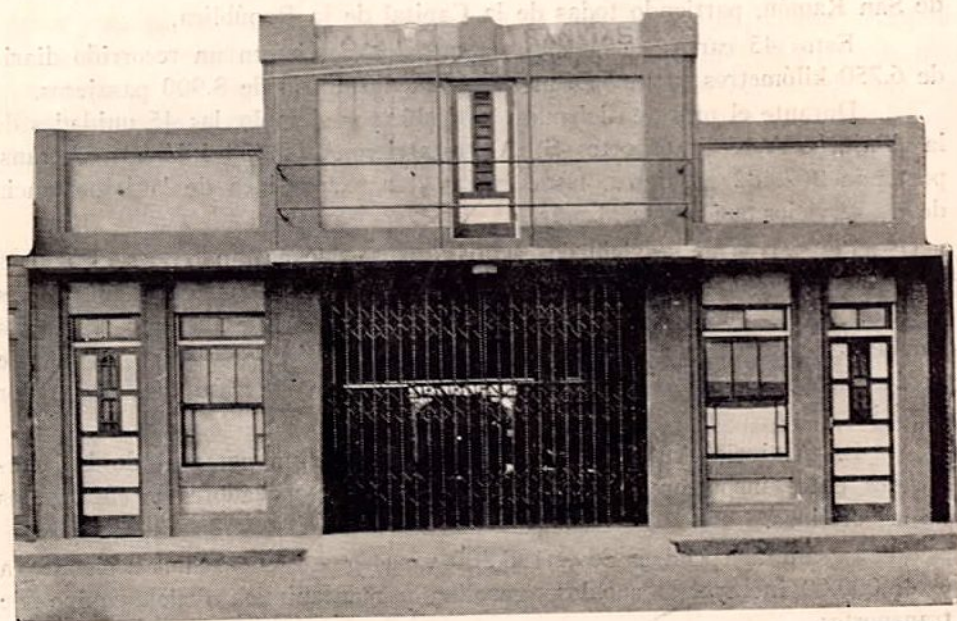
El personal administrativo está integrado así:

Don Manuel Vargas Malavasi, Gerente; don Roberto Bruno Vargas, Sub-Gerente; don Antonio Galva F., Superintendente; don Edgar V. Bonilla, Auditor General; don Francisco Busquets, Fiscal General; don José Vicente Arbaisa, Jefe de Control y de Estadística; don Víctor M. Bruno, Oficial Mayor y don Guillermo Muñoz, Cajero General.

Como se ha expuesto, la empresa está en envidiables condiciones de prosperidad y solvencia y a ello han contribuido desde luego las personas citadas, a cuyo cuidado están los distintos departamentos administrativos, que trabajan dentro del mayor orden.

EMPRESA DE AUTOTRANVIAS CORELLA

Esta empresa fue fundada en el año de 1936 por el señor Rafael J. Corella, un joven costarricense que ha demostrado sus excelentes condiciones de organizador. En general puede decirse que el tráfico inter-urbano de la capital estaba limitado a las líneas del Tranvía que la cruzaban en cuatro di-



Frente del edificio que ocupan las oficinas y el Garage de la Empresa Corella.

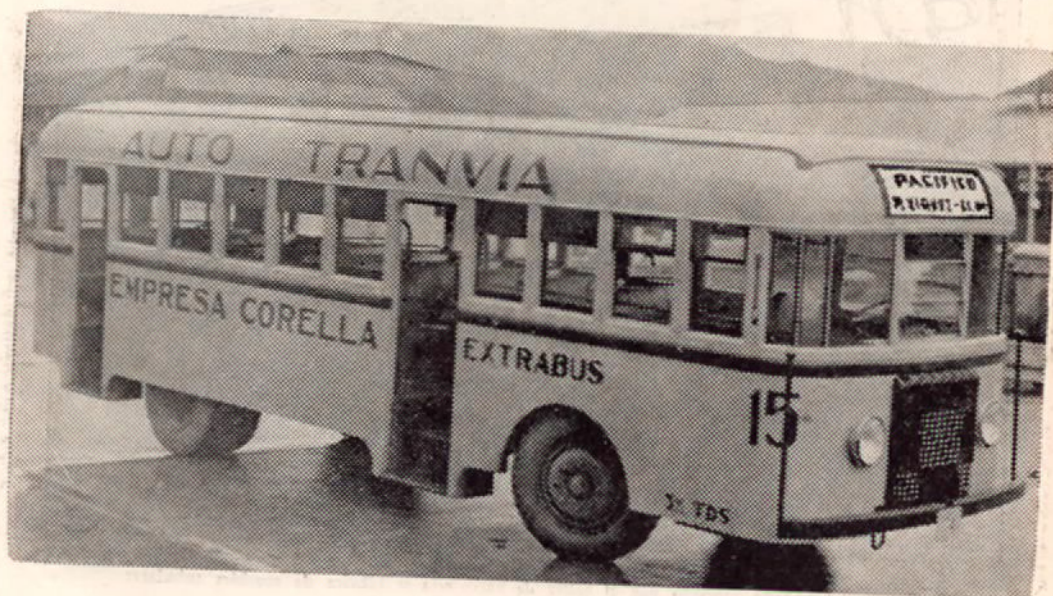
recciones; los barrios alejados de esas líneas no ofrecían ninguna facilidad de comunicación con el centro de la ciudad. El señor Corella dispuso entonces invertir un pequeño capital de ₡ 12,000.00 que le produjo la Lotería de Beneficencia, en un camión de pasajeros que hacía el recorrido entre el Mercado Municipal, la Plaza González Víquez y el Barrio Luján, durante 12 horas del día, de las 6 a. m. a las 6 p. m.

En atención a los magníficos resultados que obtuvo el señor Corella con ese primer auto-tranvía, fue aumentando su número hasta disponer en la actualidad de 18 unidades que prácticamente cubren en su ruta de servicio toda la sección Sur-Este de la Capital.

El servicio es de 18 horas diarias, desde las 6 a. m. hasta las 12 de la noche, con lo cual los vecindarios favorecidos disponen de un medio económico de transporte. La carrera vale diez céntimos y se hacen 350 carreras diarias, cubriendo una longitud de 2.500 kilómetros.

Desde su iniciación, la Empresa Corella ha recibido el más abierto apoyo de parte del público, que a su vez ha sido constantemente atendido mediante mayor comodidad, más elegancia y seguridad en la construcción de las carrocerías. En esa forma, la Empresa Corella ha llegado a ser, también, una auxiliar valiosa en cuanto a mayores actividades generales de trabajo por el número considerable de empleados, choferes, operarios de sus talleres que son de lo más completo que existe en el país; por la construcción de su moderno garage, que tiene capacidad para cincuenta auto-tranvías del modelo del que aquí se publica y además, por el desarrollo que han adquirido los barrios de la ciudad favorecidos con el tráfico constante de los auto-tranvías Corella.

Por otra parte, el señor Corella es empresario generoso, que con frecuencia pone sus carros Magirus al servicio de las Escuelas públicas, así como del Hospicio de Huérfanos y de otras Instituciones de caridad, para el trans-



Modelo de los nuevos auto-tranvías de la empresa Corella.

porte gratuito de los pequeños pasajeros que disfrutaban de un día de campo o de algunas horas de agradable paseo. Además, excepcionalmente alejado del afán del siglo, de acumular fortuna, el señor Corella distribuye anualmente entre los niños pobres cantidades considerables de juguetes, cobijas, ropas y otros objetos de utilidad inmediata, sin hacer ostentación de sus obras de bien.

**TALLER DE CARROCERIAS,
PINTURA Y FABRICA DE
MUEBLES TUBULARES DE
DON ANTONIO MUÑOZ**

Cuando los señores Agatón Lutz y Juan Revilla establecieron el primer servicio de transporte de pasajeros y carga, en el año 1921, conforme expongo en páginas anteriores, ya el señor Antonio Muñoz se ocupaba en la reparación de carrocerías de coches, que eran de uso corriente en el país; luego amplió sus trabajos a los automóviles y más tarde contribuyó a la construcción de las primeras carrocerías que se emplearon en la empresa de los Sres. Lutz y Revilla. La práctica constante del Sr. Muñoz y el empeño generoso de hacer de sus obreros aprendices verdaderos maestros, dió los mejores resultados en corto tiempo, y es así como en la actualidad los carros de servicio público cuya carrocería ha sido construída en estos talleres, ofrecen al pasajero tantas comodidades como cualquiera que proceda del extranjero.



Frente del edificio ocupado por el taller de carrocería y fábrica de muebles tubulares de don Antonio Muñoz.

A su habilidad personal, el señor Muñoz agrega en sus trabajos, ya perfectos, la colaboración de los señores Angel Camacho, Raúl Cascante y otros más que completan 35 operarios, verdaderos artistas cuyos trabajos en carrocerías, pintura y construcción de muebles tubulares no dejan ya nada que desear.

Todos observamos actualmente que las capotas de los automóviles tienen secciones de vidrio; pero muy pocos saben que fue el señor Antonio Muñoz, propietario de los Talleres a que estas referencias aluden, el primero que introdujo esa ventaja al hacer en Costa Rica algunas reparaciones en los carros. Entre tantos visitantes como llegan al país, vino alguno interesado en la construcción de automóviles y llevó a los Estados Unidos esa innovación que hoy tienen todos los carros del mundo, que antes usaban láminas de mica.

El taller del señor Muñoz es hoy el más amplio y completo que existe en el país.

LA CASA DE LAS BICICLETAS

Esta casa fue establecida en el año de 1932 en un pequeño local y en atención al creciente desarrollo de sus actividades comerciales, fue necesario trasladarla al amplio local que hoy ocupa.

Su especialidad es la venta de bicicletas inglesas de la acreditada marca Phillips, que tienen gran demanda en el país por su excelente calidad así como por las ventajas que su construcción ofrece para las jornadas considerables que a veces realizan en concursos nacionales que la misma casa promueve entre ciclistas.

La Casa de las Bicicletas es de propiedad de don Carlos María Palma, un joven costarricense que a fuerza de constancia y rectitud ejemplares en su trabajo, ha logrado alcanzar una posición respetable en el comercio del país.

Las sucesivas ampliaciones de sus negocios, colocan al señor Palma en



Sección interior y edificio de La Casa de las Bicicletas, en San José.



Vista interior de La Casa de las Bicicletas, en San José.

condiciones de ofrecer a los deportistas artículos ingleses de marca Dunlop, bicicletas, motocicletas, zapatos de hule especiales para corredores y otros artículos de fabricación europea y americana que tienen inmediata colocación debido al desarrollo del sport en el país.

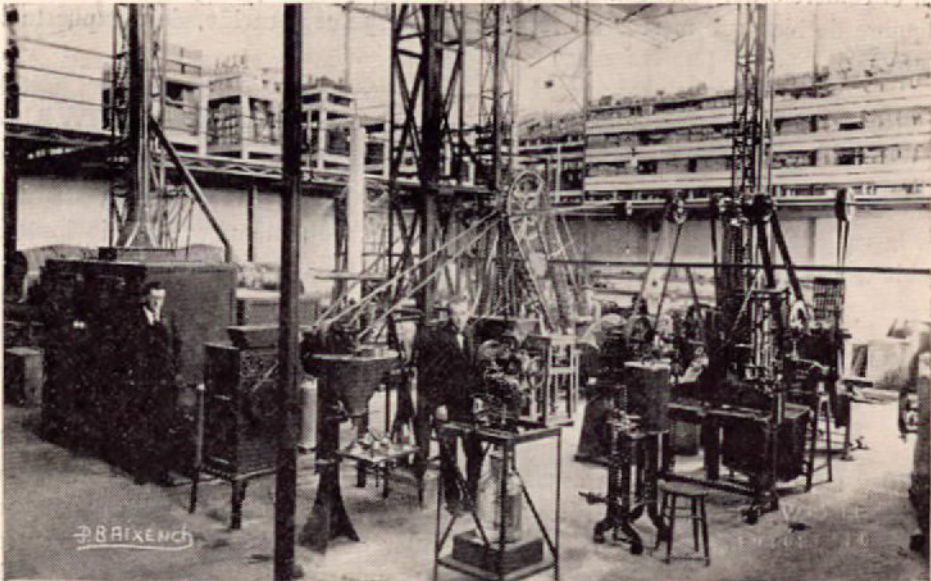
El señor Palma adquirió últimamente los derechos de la Sociedad conocida por Timbre la Feria, que distribuye entre parte apreciable del comercio unos timbres que se obsequian a los compradores y que sirven para adquirir, cuando se completa determinado número, artículos de gran utilidad para uso en las casas y asimismo juguetes y otros objetos de inmediata aplicación.

En casi todo el comercio menor se emplea este sistema de "ferias" mediante timbre, lo cual aumenta las respectivas clientelas por el halago de adquirir, sin desembolso adicional, algún objeto práctico.

LA BOTICA ORIENTAL

El nombre del Licenciado don Francisco Jiménez Núñez está ligado íntimamente a toda obra de progreso nacional, a toda iniciativa generosa, a todo acto que pusiera de manifiesto un corazón abierto a la bondad.

El 16 de mayo de 1897, en una pequeña pieza de 4 x 4 varas, situada frente al Mercado Municipal de San José, se estableció el Licenciado Jiménez Núñez con una pequeña Botica que atendía él mismo con el auxilio de un empleado.



Vista de los Laboratorios de la Botica Oriental.

Poco a poco fue necesario ir ampliando el local y aumentando a la vez el número de empleados, lo cual se realizó conforme lo permitían los contados recursos del señor Jiménez Núñez, quien desde niño había tenido que luchar bravamente contra su extrema pobreza; pero esas circunstancias, que ponen a prueba de temple de los hombres, levantó el espíritu de don Francisco quien dejó, al morir el 12 de octubre de 1938, una cuantiosa fortuna invertida en la Asociación Domremi, conocida por Botica Oriental, que es una de las más acreditadas del país y ocupa hoy un lujoso local de su propiedad en la esquina que forman la calle 6 y la Avenida 1, en un lote de 2.340 varas cuadradas.

Del empleado que en 1897 ayudaba a don Francisco pasó hoy la Botica Oriental a sostener 80 trabajadores, todos costarricenses, como sus propietarios.

Parte del prestigio que en sus largos años de existencia ha logrado la Botica Oriental, tiene por base las preparaciones de sus Laboratorios que pasan de 200, todas las cuales tienen extraordinaria aceptación en el país y se exportan además a Panamá.

La honradez profesional de los herederos del Licenciado Jiménez Núñez es garantía de que todos los artículos que producen en sus Laboratorios están hechos con los materiales más puros y cada cual responde, exactamente, al fin a que se destina.

Don Francisco Jiménez Núñez fue también un notable investigador de la naturaleza y son muchas las preparaciones y sistemas de su invención que se utilizan en la agricultura del país, todas debidamente experimentadas por el mismo señor en su finca Reims, situada en Guadalupe, que era lugar de constante visita en busca de un consejo, que don Francisco tenía siempre a flor de labio para complacer el deseo de mejorar la condición de las tierras.

Tanto para poner de manifiesto la importancia de la Botica Oriental

en el comercio del país, como para dejar constancia del paso por la vida de un hombre de bien que merece un recuerdo de respetuoso cariño, de lo expuesto lo anterior.

HOTELES DE COSTA RICA

Una de las grandes ventajas que nuestro país ofrece a sus visitantes, es la variedad de Hoteles que facilitan cómodo alojamiento y servicio inmejorable a precios que se encuentran al alcance de todas las fortunas.

EL GRAN HOTEL COSTA RICA

Desde luego es el más lujoso del país. Fue inaugurado en el año de 1930 y su moderna y sólida construcción garantiza a sus huéspedes la mayor seguridad. El costo de este lujoso Hotel asciende a unos dos millones de colones, suma cuantiosa si se considera el valor de los demás edificios. Su propietario es el Doctor Luis Paulino Jiménez, uno de los médicos-cirujanos de más prestigio en el país.

El Gran Hotel Costa Rica es el lugar de residencia de la mayor parte de los turistas que nos visitan y asimismo de las personalidades importantes que con frecuencia llegan a Costa Rica.

El servicio en general es inmejorable y los huéspedes tienen siempre los más expresivos términos para calificar las comodidades que el Gran Hotel Costa Rica les proporciona durante su permanencia en la ciudad.

El Hotel cuenta con 125 habitaciones completas, es decir, con todos sus servicios interiores, teléfono y demás que hacen confortable la permanencia en ellos.

HOTEL EUROPA

Es uno de los más antiguos del país y dispone desde hace pocos años de un edificio propio, construido especialmente para Hotel por su propietario don Carlos Ventura, ciudadano español residente en Costa Rica desde hace largo tiempo.

Las habitaciones y apartamentos especiales del Hotel Europa, son cómodos, lujosos, bien ventilados, de mobiliario elegante y moderno.

En materia de cocina, es difícil superar los servicios del Hotel Europa, cuyo propietario goza de justa fama tanto en el país como en el extranjero.

HOTEL METROPOLI

Este Hotel es uno de los más antiguos del país. En la página 614 pueden verse su aspecto exterior de hace algunos años y el que hoy tiene, debido al empeño constante de su propietario don Victor Céspedes Duque, quien personalmente lo administra.

El Hotel Metrópoli está situado frente al Gran Hotel Costa Rica, al Banco Anglo Costarricense y a una cuadra del Teatro Nacional.

A distancias no mayores de dos cuabras se encuentran los Teatros América y Variedades.

Sus habitaciones altas dan a la Avenida Central y a la Calle 3, es decir, que se encuentra el Hotel Metrópoli en la Sección Central de la ciudad. El servicio general y la atención especial del salón comedor y el Bar, son características del Hotel Metrópoli que proporciona al huésped inmejorable atención debido al esmero personal de su propietario el señor Céspedes Duque.

HOTEL REX

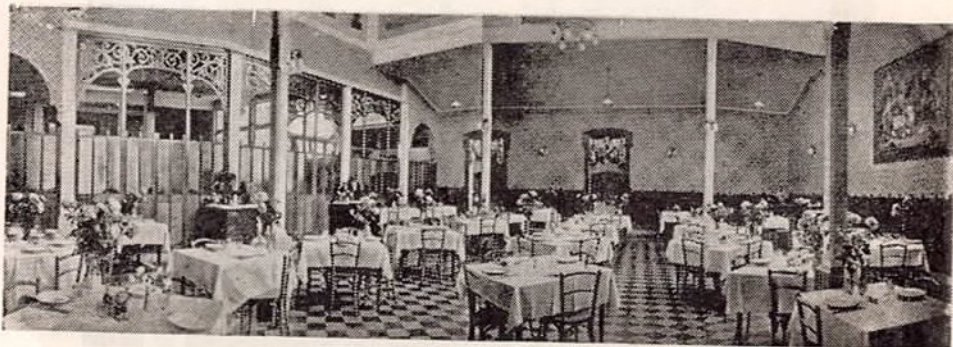
El Hotel Rex, propiedad de don José Segnini, se halla instalado frente al Palacio Nacional, a una cuadra del Parque Central y del Teatro Palace, al Sur, y a igual distancia del Edificio de Correos y Telégrafos, al Norte. Ocupa, pues, un lugar céntrico de la ciudad.

Dispone el Hotel Rex de 25 habitaciones cómodamente amuebladas y la mayor parte dispone de un magnífico baño de agua caliente y fría, con servicios accesorios de teléfono de la Red General. Son habitaciones amplias, bien ventiladas, en el piso alto, que dan casi todas a la calle y la avenida a cuyo frente está el edificio.

Tiene un magnífico Bar, esmeradamente atendido y en el cual se sirven los licores más finos.

El salón comedor es uno de los más concurridos del país por la deliciosa calidad de la comida que se sirve a la carta, dentro de una selección de diez platos. Inmediato al comedor se encuentra un cómodo hall donde los huéspedes pueden atender a sus visitantes.

Las tarifas del Hotel Rex varían según la habitación que se ocupe, entre \$ 1.50 y \$ 3.00 moneda americana por día y en ese precio se incluye todo el servicio, con excepción del de automóvil que también tiene el Hotel como agregado para mayor ventaja de sus huéspedes.



Salón Comedor del Hotel Rex

En la esquina que forman la Avenida Central y la Calle 5ª, a media cuadra del Teatro Variedades y a una del Teatro América, se encuentra instalado el Petit Trianón, magnífico salón donde el visitante encuentra un inmejorable servicio de té, café, cantina y restaurant, atendido desde las 8 de la mañana hasta las 12 de la noche por su propietario, el activo y honorable comerciante don Gonzalo Monge.

El señor Monge es un ejemplo del hombre de orden y trabajo y ha logrado por su esfuerzo personal mantener el prestigio de que disfruta su moderno salón, donde también se sirve una deliciosa pastelería fabricada por familiares del señor Monge, que prestan además sus servicios en la atención de los clientes.

En los salones interiores del Petit Trianón se sirven con frecuencia fiestas de carácter social, de preferencia matrimonios y el resultado es siempre motivo de grandes elogios.

El señor Monge tanto como su gentil señora doña Magdalena se distinguen por su trato bondadoso así como por su espíritu singularmente generoso y esas condiciones traen al Petit Trianón una selecta concurrencia que aumenta también constantemente.



Sección interior del Salón "Petit Trianon"

FABRICA DE PAN Y REPOSTERIA CURLING

Antiguamente no se acostumbraba entre nosotros tomar el té, conforme se hace ahora. En las horas de la tarde, se tomaba agua dulce acompañada de unos tosteles ordinarios. Los queques y otras pastas finas, eran casi desconocidas; pero nuestra facilidad de adaptación a todas las costumbres extranjeras, facilitó la introducción del té y de otras bebidas por el estilo, hasta llegar a nuestros días en que el agua dulce ha pasado a ser hábito apenas entre los chiquillos de los pueblos.

La señora Maud viuda de Curling constituye un vivo ejemplo de lo que puede una mujer en su empeño de levantar fortuna sin demostrar temores en la intensidad de su trabajo. Se trata de una extranjera residente en Costa Rica desde hace muchos años, la cual inició, hace 25 años, su empresa industrial con una pequeña panadería, distribuyendo su producto a domicilio entre las casas principales de la ciudad. Esa industria inicial fue en aumento hasta llegar ahora a constituir una de las más prósperas y mejor acreditadas debido a los esfuerzos de la señora Curling, quien en asocio de sus hijos Jorge, Alex y Flora, han logrado convertirla en una hermosa realidad y actualmente esta fábrica atiende los servicios de repostería en multitud de nuestras fiestas sociales.

El Salón Curling, una dependencia de esta firma, que cuenta con sus edificios propios y plantas para la elaboración de Pan, Repostería, Hielo y Helados, se encuentra situado precisamente en el centro de la ciudad, en uno de los departamentos bajos del Almacén Feoli. El Salón Curling dispone de excelentes servicios de cantina, repostería, comida a la carta, helados de fabricación especial, y en general, todo lo que puede exigir una persona de buen gusto.

La Casa Curling, comprendida en esta denominación toda la empresa industrial, tiene a su servicio 50 personas, en su mayoría mujeres, con lo cual quiero decir que constituye una industria cuyo aporte en sueldos y salarios es apreciable si se considera que en Costa Rica no son muchas las empresas particulares que disponen de un personal numeroso.

FABRICA "EL PROGRESO", DE LOS SEÑORES MUSMANNI HNOS., EN SAN JOSE

La fábrica El Progreso fue fundada en las postrimerías del Siglo pasado por el ciudadano italiano don Nicolás Musmanni, quien inició sus actividades en una pequeña fábrica de fideos. Poco después sus hijos, don Domingo, don Antonio y don Cayetano Musmanni, herederos de los hábitos de trabajo incesante que distinguieron a su señor padre, fueron ampliando su empresa hasta colocarla en el lugar destacado que hoy ocupa en las industrias del país.

La pequeña fábrica del siglo pasado es hoy la que lleva el nombre de El Progreso y ocupa un elegante y moderno edificio dentro de una área mayor de cinco mil metros cuadrados, y dispone de las mejores últimas maquinarias para la elaboración de pan, pastelería y pastas alimenticias cuyo consumo aumenta constantemente debido al esmero que los señores Musmanni ponen en su trabajo.



Edificio que ocupa la fábrica de productos alimenticios de los señores Musmanni Hnos.

Además de su crédito y prestigio como industriales, los señores Musmanni ocupan destacada posición como miembros de la numerosa colonia italiana y en reconocimiento a sus servicios, don Domingo Musmanni fue honrado con la alta designación de Caballero de la Corona de Italia, en el año de 1931.

No podría omitirse en la relación del progreso material de Costa Rica esta breve referencia a la constante labor de los hermanos Musmanni.

EMPRESA INDUSTRIAL DEL TROPICO, S. A.

En el año de 1934 se fundó la fábrica El Trópico, que tiene sus plantas industriales en jurisdicción del Cantón de Goicoechea, cerca de San José; y en Febrero de 1939, se constituyó la Empresa Industrial del Trópico, Sociedad Anónima, con un capital actual de ₡ 200,000.00 de los cuales corresponde la mayor parte a algunos caballeros emigrados venezolanos. Esta importante industria, administrada por don Alfredo Sasso, cuyas dotes de organizador son bien conocidas entre nosotros, ha adquirido un grado envidiable de prosperidad.

Los principales productos que la empresa elabora son vinos de fruta: Naranja, Marañón, Piña y Mora; vinagres de diferentes clases de frutas, ponches Extra fino y Trópico, Encurtidos en vinagre y en mostaza, de los cuales tienen la preferencia en el público los llamados Chotarrillos, que son de verduras picadas y constituyen fabricación exclusiva de la empresa; Mostaza; Mostaza preparada, Ketchup, Salsa de Tomate, Tabasco, Salsa Worcester (estilo inglesa); Jaleas, Mermeladas, Conservas y frutas del país de las calidades más finas, debidamente conservadas en frascos de cristal. También se fabrican diversas Jaleas y Bocadoillos de guayaba y otras fantasías que se ofrecen en cajas de cartón lujosamente decoradas.

La importancia que para el país tiene esta empresa, consiste en el consumo enorme de toda clase de frutas y legumbres tanto como otros productos nacionales empleados en la elaboración de los diversos artículos de consumo que ofrece al público y que tienen inmediata aceptación.

El personal de trabajadores alcanza hoy a unos 50 y es seguro que dentro de poco tiempo este número irá en aumento a medida que adquiere mayor prestigio la industria.

Del mismo modo que la cerveza hizo célebre a Milwaukee así los productos de la Empresa Industrial El Trópico harán célebre a la ciudad de Guadalupe, en cuyas inmediaciones se encuentra.

Empresas como esta del Trópico, por su gran actividad, contribuyen indirectamente al sostenimiento de muchas otras industrias y favorecen de preferencia la pequeña agricultura que encuentra inmediata colocación a sus productos; del mismo modo favorece las litografías, imprentas, fábricas de cajas de cartón, de cajones de madera; y en igual proporción, sirven también de sostén de numerosas familias que encuentran ocupación bien remunerada.

En los últimos años han disminuído considerablemente las importaciones de artículos similares a los que fabrica El Trópico porque en realidad son de calidad que soporta lujosamente cualquier comparación con los que proceden de las mejores marcas del mundo y han sido ya exportadas a Centro América y Panamá.



Moderno edificio ocupado por el Garage León, uno de los que prestan mejor servicio en el país. Su propietario, don Ramón León, ha logrado en pocos años formar una empresa que hoy representa un avance extraordinario en los servicios públicos.

SASTRERIA RAMIREZ VALIDO

Don Jorge Ramírez Valido es uno de los buenos ejemplares del trabajador esforzado, que logra por su propio empeño una situación ventajosa dentro de nuestro modesto medio.

Hace 8 años el señor Ramírez Valido tenía un pequeño taller de sastrería que fue poco a poco acreditándose hasta lograr el grado de singular prestigio en que hoy se encuentra. De su pequeño taller, atendido por un reducido personal, pasó en pocos años a constituir una sastrería que sostiene 45 operarios con sus respectivas máquinas, entre ellas dos eléctricas y cuenta además con un numeroso personal de oficina, despacho y cobradores.

Las dificultades originadas en la crisis universal, subieron exageradamente el costo de los trajes para hombre y el señor Ramírez Valido estableció el sistema de clubs en los cuales se amortiza un vestido por semana entre los socios correspondientes, de manera que el que resulta favorecido, recibe un vestido de magnífico casimir inglés y suspende el pago de sus cuotas semanales. El movimiento que tienen estos clubs se aprecia mejor indicando que sus socios ascienden a 2.000 y aproximadamente a igual número los clientes, lo que hace necesario movilizar un capital mayor de ₡ 400,000.00 anuales.

La sastrería del señor Ramírez Valido dispone en la actualidad de existencias en casimires ingleses de las más acreditadas marcas, por un valor de ₡ 70,000.00 y recibe mensualmente pedidos que renuevan sus existencias.

El señor Ramírez Valido es el Presidente de la Asociación de Sastres Cortadores, de la cual forman parte casi todos sus colegas del país.



Vista interior de la Sastrería de don Jorge Ramírez Valido, en San José.

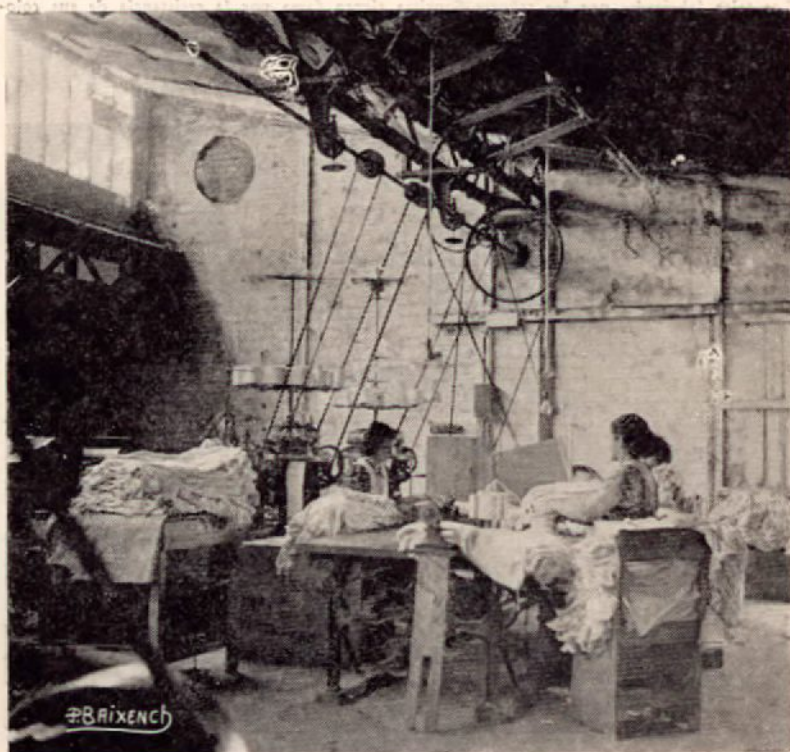
He escrito las referencias anteriores por creer que el señor Ramírez Valido merece el estímulo de todos los hombres que aprecian en lo que vale el esfuerzo personal que eleva a los trabajadores sobre el nivel común.

FABRICA DE TEJIDOS SAPRISSA, S. A.

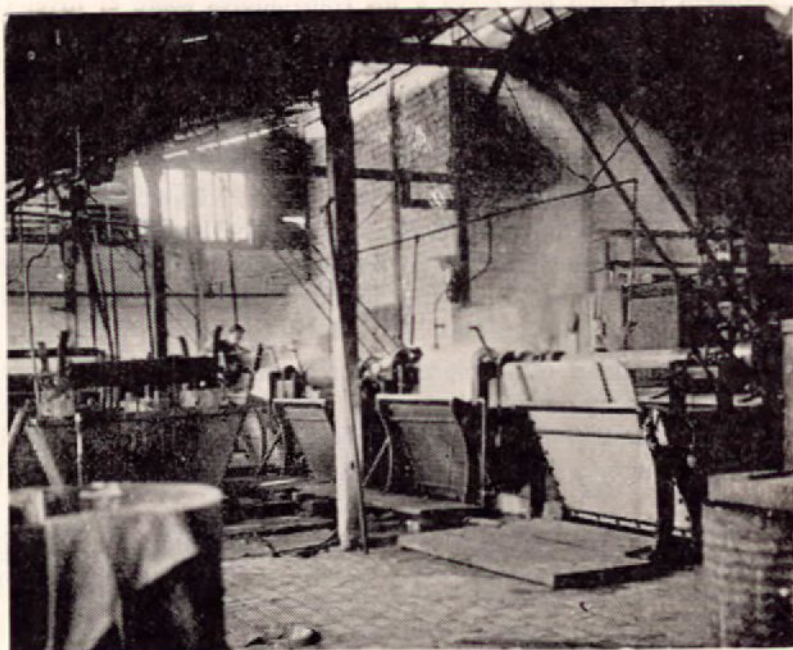
Hace unos veinte años se estableció en Costa Rica la fábrica de tejidos conocida por El Laberinto, que fue adquirida en 1931 por los caballeros salvadoreños don Rogelio y don Ricardo Saprissa, quienes agregaron a su empresa otros elementos hasta completar la moderna industria de tejidos que hoy lleva el nombre de los señores Saprissa.

En la actualidad esta empresa representa la cuantiosa inversión de ₡ 600,000.00 siendo, por consiguiente, una de las más fuertes del país y sostiene un personal de 250 empleados que manejan 50 telares, 50 máquinas de coser de marca Singer y 30 máquinas para diferentes usos dentro de la misma industria.

La especialidad de la Fábrica Saprissa es la manufactura de géneros fuertes, como driles, completando, en general, unas 60.000 yardas mensuales



La especialidad de la fábrica de tejidos de los señores Saprissa es la manufactura de géneros de punto para los cuales se utilizan estas maquinarias.



Las telas fabricadas por los señores Saprissa tienen fama por la resistencia de sus colores. Esta es una sección del taller de tintorería.



Las obreras nacionales se emplean por los señores Saprissa en crecido número, como puede verse en esta sección de costura.

de diversas telas, que han obtenido varios premios en exposiciones nacionales y extranjeras por la perfección de su manufactura.

El estilo elegante en la combinación de sus colores, que además son absolutamente firmes, ha hecho de los tejidos Saprissa artículos de uso corriente en todo el país, que así compensa el esfuerzo realizado por estos señores industriales que han contribuido grandemente a la economía de nuestro pueblo en la adquisición de sus telas.

El promedio mensual de ventas de la Fábrica de Tejidos Saprissa es de ₡ 80,000.00 y sus gastos mensuales ascienden a la suma de ₡ 20,000.00. Estos datos dan exacta idea de la importancia que tiene la fábrica.

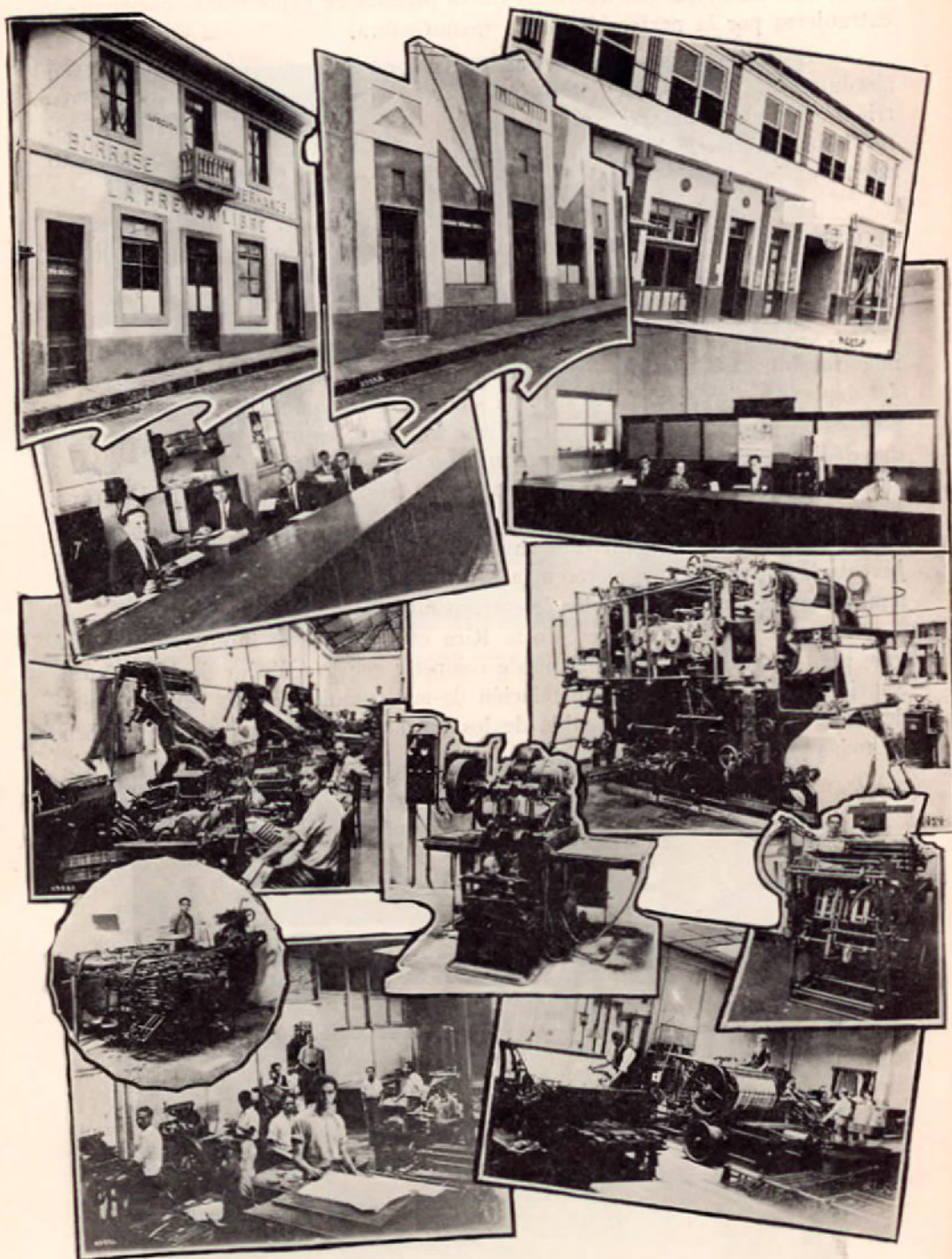
En cuanto al socio don Ricardo Saprissa, costarricense por naturalización, es oportuno consignar que no solamente se ha dedicado en el país a sus negocios industriales sino que ha sido un elemento decisivo en el desarrollo del deporte nacional. Don Ricardo ha sido jugador de foot-ball en equipos españoles de prestigio universal y en términos generales un verdadero sportman que dedica sus horas libres al entrenamiento de equipos juveniles, cuyos gastos sufraga. Este equipo logró en su categoría el máximo título en el último campeonato.

Estos esfuerzos generosos en beneficio del desarrollo físico de nuestra juventud, son títulos que merecen la gratitud de todos y por eso los consigno aquí como un homenaje que bien le corresponde a don Ricardo Saprissa.

Desde luego existen en Costa Rica otras empresas industriales análogas, pero en realidad, ninguna puede competir con la Fábrica de los señores Saprissa porque la completa instalación de sus maquinarias les permite atender, sin demora, cualquier pedido de los muchos que constantemente reciben de todas partes del país.



Vista parcial de la Sección de Telares de los señores Saprissa, hábilmente manejados por mujeres.



Edificios, oficinas y varios aspectos de la instalación interna de LA PRENSA LIBRE, "el diario de la tarde". La empresa se fundó en 1922 y entre su equipo de maquinaria cuenta con cuatro linotipos, una rotativa tubular, la única que existe en Centro América, y un amplio taller en el que se ejecutan también toda clase de trabajos comerciales, revistas y libros.

Emigrados políticos

LA REPUBLICA DE COSTA RICA ocupa un lugar preferente entre todos los pueblos de la tierra por el espíritu de abierta hospitalidad con que ha recibido siempre al ciudadano extranjero, y de modo especial, al que ha llegado en calidad de emigrado político. Nuestra historia registra en esos capítulos, páginas que la honran porque en ellas se consignan muchos nombres ilustres de gobernantes a quienes el cambio del ambiente político en su patria los ha obligado a abandonarla.

Hoy como ayer y mañana como hoy, Costa Rica será siempre el refugio apacible y seguro de todos los hombres que por las inquietudes de su vida pública se vean obligados a buscar tierras extrañas, en las que tengan certeza de encontrar, con el amparo de un Gobierno que garantice su seguridad personal, el recibimiento cariñoso de un pueblo que practica la hospitalidad como una de sus mejores y más arraigadas virtudes.

En el mes de junio de 1829 llegó a Puntarenas el General don José de Lamar, ex-Presidente del Perú, acompañado de su ayudante el General don Pedro Bermúdez, quien casó aquí con la señorita Rosalía Escalante y Nava.

El General Lamar murió en Cartago, después de haber prestado al país muchos importantes servicios.

En 1848 Costa Rica dió asilo a otro ex-Presidente, el General Juan José Flores, ecuatoriano, quien vino en compañía del ciudadano francés don Adolfo Marie. Ambos emigrados desempeñaron importantes cargos políticos en Costa Rica durante los años de su prolongada permanencia y al General Flores se le atribuye, entre otras actividades, la paternidad del Decreto de 30 de agosto de 1848, durante el Gobierno del Doctor Castro, que declaró la soberanía de la Nación con el nombre de la República de Costa Rica, quedando desde entonces libre de todo compromiso que la uniera a la Federación Centroamericana, ya disuelta de hecho desde 1839. El señor Marie ocupó también diferentes cargos importantes en la administración pública.

Otro ex-Presidente refugiado en Costa Rica fue el General don Gerardo Barrios, quien llegó a nuestras playas en una de tantas como fueron sus épocas de adversidad política. En 1864, durante la Administración de don Jesús Jiménez, las Repúblicas de Centro América rompieron relaciones

diplomáticas con nuestro país a causa de la categórica negativa del Gobierno a ordenar la expulsión del General Barrios.

El General don Eloy Alfaro, el más eminente de los políticos del Ecuador, Jefe del Partido Liberal que tan alto puso el nombre de su patria, fue también nuestro huésped muy ilustre y bien querido.

Su trágica muerte ocurrió el 10 de febrero de 1910 en la ciudad de Quito. El caudillo invencible en cien batallas, fue sacado de la prisión política y deshecho, a manos de una turba enfurecida, ebria de sangre, sin que hubiera una voz de autoridad que impidiera el sacrilegio que los ecuatorianos estaban cometiendo contra el mejor de sus gobernantes.

Poco antes de su muerte tuve el placer, tanto como la honra, de conocer personalmente al General Alfaro, a quien entregué una cariñosa carta de presentación que me había enviado a Quito un amigo mío inolvidable, don Tobías Zúñiga Castro, quien tenía para mí, en esa carta, expresiones de un cariño que siempre, fue, por mi parte correspondido en la forma amplia y sincera que su exquisita gentileza merecía. El nombre del señor Zúñiga Castro despertó en don Eloy los más vivos recuerdos, porque don Tobías sabía entrar en el alma de los hombres como sólo pueden hacerlo aquellos que practican el bien por el bien mismo y cultivan la amistad con el fervor de un culto. Excuso decir que recibí del General Alfaro el mejor trato y a su recuerdo dedico estas pocas palabras de afectuoso respeto.

A la muerte del General Alfaro y por obra de una de tantas revoluciones como han ensangrentado aquella tierra valiente, ocupaba la Presidencia de la República del Ecuador, otro General que también vivió en Costa Rica como emigrado político: Leonidas Plaza Gutiérrez, de no muy grata recordación por sus atitudes como Comandante de Plaza de San José.

El Doctor don César Borja, ecuatoriano también, pasó entre nosotros su época de destierro y prestó valiosos servicios como médico eminente, con motivo de la aparición de la fiebre amarilla en la ciudad de Alajuela en el año de 1899. Cuando residí en Quito, el Doctor Borja era Ministro de Hacienda en el Gobierno del General Alfaro y tanto él como sus hijos me dispensaron muy cariñosa acogida. Era un costarricense y ellos no olvidaban los tiempos de su tranquila residencia en esta tierra.

Diplomático, político, hombre de armas y de letras, el General Máximo Jerez residió entre nosotros varias veces. Firmó en representación de Nicaragua el Tratado Cañas-Jerez de 1858, que separadamente aparece en la sección de límites de este libro; a fines de 1863 volvió como emigrado político, se incorporó de abogado para ejercer su profesión aquí y fundó al año siguiente un colegio con el nombre de Liceo de Costa Rica. Ocupó importantes cargos en la Administración Pública y tras una larga permanencia que fue provechosa para el país, regresó a Nicaragua en 1868. Por tercera vez volvió a Costa Rica en 1875. El General Jerez ejerció bastante influencia filosófica en la juventud costarricense, como precursor de la escuela positivista, desde la Dirección General de Estudios de la Universidad de Santo Tomás, escuela que más adelante encontró entre nosotros su mejor abanderado en aquel cubano inolvidable que se llamó Antonio Zambrana.

El Doctor Zambrana, cuya destacada actuación en la guerra de Independencia de Cuba llena las primeras páginas de aquella historia, fue durante

varios años el compañero del General don Manuel de Quesada, Comandante en Jefe del Ejército Libertador de Cuba y Agente del Gobierno cubano en su peregrinación patriótica por diferentes pueblos de América y de Europa. Según los críticos de entonces, el Doctor Zambrana era el mejor orador, después de Rojas Garrido, que había en América; y su palabra elocuente levantó muchas veces el espíritu público obteniendo valiosas contribuciones en armas y en dinero, para la causa de la libertad de Cuba, que el Doctor Zambrana, de modo magistral, pintaba como una causa de todo el Continente.

El recuerdo de este gran cubano no podrá echarse al olvido en nuestra tierra porque su obra fecunda de profesor, de Juez, de Magistrado y de amigo, tiene hondos arraigos. Costa Rica honró al Doctor Zambrana, en sus últimos años, con el cargo más elevado que le podía confiar cual era el de Presidente de la Corte Suprema de Justicia.

Acompañado del Lic. don Julián Volio y de don Juan José Ulloa, que hacían sus estudios de derecho en Guatemala, llegó al país el 21 de abril de 1850 el Doctor don Lorenzo Montúfar. Un mes después de radicado en la capital, el Doctor Montúfar fue electo Magistrado de la Corte de Justicia e inició la publicación de un periódico de estudios jurídicos, titulado *El Observador*. Enseguida se le dio el cargo de redactar, en compañía de don Julián Volio una Ley Orgánica de Tribunales. Fue nombrado profesor de Derecho natural en la Universidad en 1852. Después, por razones de familia, se dirigió a su patria y una vez de regreso en Costa Rica ocupó la Secretaría de Relaciones Exteriores en 1855, durante la Administración del Presidente Mora. Dos años más tarde, con motivo de la Campaña Nacional, se le confirió una misión diplomática ante el Gobierno de El Salvador, que consistía, si no estoy mal informado, en determinar el aporte de hombres que cada uno de los Gobiernos de Centro América, debía poner sobre las armas para integrar los ejércitos aliados contra los filibusteros que capitaneaba William Walker. A la caída del Gobierno del señor Mora, el Doctor Montúfar salió del país con dirección a los Estados Unidos.

Después de una corta permanencia en el Norte, regresó a Costa Rica en 1861, pero tuvo que salir nuevamente porque nuestra situación política no le era favorable. En El Salvador, lugar de su nueva residencia, obtuvo la representación diplomática ante el Gobierno de Washington. Estuvo después en Europa por encargo del mismo Gobierno salvadoreño y en febrero de 1864 lo tenemos de nuevo entre nosotros ejerciendo su profesión de abogado. En 1865 tomó parte en el Consejo Intimo nombrado por el Presidente Doctor Castro. En el año siguiente se dedicó a la labor periodística, fundando el Mensual *Josefino* que después fue semanario. En 1868, con motivo de nuevos acontecimientos, el Doctor Montúfar se fue por segunda vez a El Salvador, donde desempeñó poco después de su llegada, una misión diplomática ante el Gobierno del Perú. En 1870, regresó nuevamente a Costa Rica y ocupó durante la administración iniciada en abril del mismo año la Secretaría de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, posición que continuaba desempeñando durante la administración del General Guardia, con el recargo de las Carteras de Guerra y Marina hasta 1872. Durante el desempeño de ese ministerio, impidió el ingreso de los Jesuitas y publicó tres opúsculos contra los miembros de la Compañía de Jesús. Desempeñó también, durante la misma época, varias misiones diplomáticas y comisiones en el extranjero.

Representó a nuestro país en las Conferencias de Amapala en 1871 y pocos meses después se le dió el encargo de dirigirse a Londres a arreglar la negociación de un empréstito. Después de haberse alejado del Ministerio se le confió una nueva misión a Europa en 1873. De regreso a San José, desempeñó en 1874 otra misión ante el Gobierno de Guatemala. En abril del mismo año, a su regreso a Costa Rica, se dedicó al ejercicio de su profesión; desempeñó el Rectorado de la Universidad y dictó las clases de Derecho Internacional, habiendo ya, en 1865 y 1875, ocupado el mismo cargo de Rector de la Universidad.

La actuación docente del Doctor Montúfar se limita a las clases que dió en la Universidad. En su carácter de Ministro de Instrucción Pública estableció en 1856, en nuestro centro universitario, la cátedra de Economía Política. En 1871 dictó una importante circular, aunque sin resultado práctico, sobre la extirpación de analfabetos. Su obra de mayor influencia didáctica en nuestro país, fue la *Reseña Histórica de Centro América*, de la cual ha tenido mayor estimación el último tomo referente a la Campaña Nacional. Entre sus publicaciones figuran, además, *Historia Patria*, *Economía Política*, *Derecho de Gentes y Leyes de Guerra*, *El General Montúfar*, *El Syllabus*, *Memorias Autobiográficas* y multitud de folletos, discursos y publicaciones periódicas, algunas de ellas de mucho valor histórico.

El Doctor Montúfar había hecho sus estudios en la Universidad de San Carlos de Guatemala. En 1841 se graduó de Bachiller en Filosofía, tres años después de Bachiller en Leyes y obtuvo su título de abogado en 1848. Entre sus publicaciones de derecho están los *Apuntamientos sobre graduación de acreedores*. A su iniciativa se debe la creación de las cátedras de Economía Política y de Derecho Público en la Universidad de Guatemala. Dió clases de Derecho en El Salvador y ejerció también allá su profesión en 1849.

En su patria—Guatemala—ocupó el Doctor Montúfar elevadas posiciones políticas, llegando a ser Candidato a la Presidencia de la República, por el partido liberal, en 1892, y tras una larga vida de incansable actividad intelectual y política, este ilustre centroamericano murió en 1898.

La guerra que por su independencia iniciaron los cubanos contra España el 10 de Octubre de 1868, que terminó diez años después con el Pacto del Zanjón, obligó a muchos cubanos ilustres a refugiarse en Costa Rica, que tuvo durante algunos años después, la satisfacción de continuar dando asilo a los más conocidos jefes de la segunda guerra que terminó, mediante el apoyo de los americanos del Norte, con la Independencia absoluta de la Perla Antillana.

José Martí, el Padre de la Patria; los hermanos Maceo, indomables luchadores, que con Flor Crombert y otros conciudadanos, formaron en Nicoya la colonia conocida con el nombre de La Mansión; Enrique Loináz del Castillo, Antonio Zambrana, los hermanos Odio, Santiago Güell, Eduardo Pochet, Santiago Chamberlain, don Francisco Mendiola Boza, don José Figueredo, el Doctor Arteaga y tantos más, fueron testigos de que el ambiente costarricense tiene la singular virtud de hacer que el proscrito no eche de menos la tierra de su procedencia, por la facilidad con que la índole apacible de su pueblo despierta el sentido de adaptación al medio tranquilo en que se vive.



GENERAL MANUEL DE QUESADA Y LOINÁZ
Comandante en Jefe del Ejército Libertador de Cuba.

Entre los cubanos ilustres que llegaron a Costa Rica durante la guerra de los diez años, se encontraba el General don Manuel de Quesada y Loináz cuyos datos biográficos voy a resumir en este libro, que si en verdad no tiene por objeto dar a conocer detalles personales, me brinda la oportunidad de rendir un justo homenaje de cariñoso recuerdo a mi abuelo materno que tan destacada actuación diplomática y militar tuvo en Cuba, su patria, y en otros países de América y de Europa y quien dejó, además, en Costa Rica muy gratas impresiones por el exquisito don de gentes que de modo singular lo distinguía.

El General Manuel de Quesada y Loináz nació en la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Santa María de Puerto Príncipe, hoy ciudad de Comagüey, en la República de Cuba, el 29 de marzo de 1833. La familia de Quesada, tronco de savia generosa y fecunda tenía inmediato parentesco con el legendario Ignacio Agramonte, con López Recio, los Zayas, Castillos, Varonas y Cisneros, apellidos cuya mera enunciación evoca altos hechos y patrióticas tradiciones, porque se encuentra desde la conquista y la emancipación, esmaltando los anales de la América española.

Apenas libre de la pequeña escuela de Puerto Príncipe, como entonces se llamaba el Camagüey, se entregaron al General Quesada las fincas de

San Carlos y el Cieguito, que junto con otras propiedades representaban una considerable fortuna que permitía a su familia disfrutar de comodidades en el campo y de cierto lujo en la ciudad aristocrática, religiosa y medioeval.

Antes de cumplir los veinte años, escogió el General la ejemplar compañera de su vida, doña Pamela Corvizón Lazo de la Vega, de la cual tuvo cuatro hijos: Hortensia, mi madre; Olivia, que fue la primera esposa del inolvidable don Manuel González Zeledón; Guillermo, que murió en Colombia y Herminio, que al contar apenas 18 años fue fusilado en Santiago de Cuba en noviembre de 1873 como tripulante del vapor expedicionario *Virginus*, por las tropas españolas.

Constituído el hogar, ofrecía la existencia apacibles goces a Quesada y bastante remuneración a su trabajo las utilidades de sus tierras; pero la ardiente fantasía del joven camagüeyano, trasponiendo los límites de aquel primer escenario, complaciase en convertir a los mayores de su padre y a los sencillos güajiros de las haciendas vecinas, en aguerridos capitanes de la idea emancipadora, que principiaba a germinar en aquellos campos. Iniciado en los trabajos revolucionarios de la ciudad como Agente de la Sociedad Libertadora, juró secundar el movimiento de Agüero, Betancour, Zayas y Benavides, infortunados precursores del Grito de Yara, que a la historia de Cuba son lo que José María de España y sus compañeros a la historia de la independencia suramericana.

Llegado el momento, vistió la chamarra de campaña, que amorosamente le confeccionó una de sus hermanas mayores y en noche luctuosa para su familia, abandonó la casa paterna—edificio que aun existe en la plaza de la Caridad en Camagüey—en donde agonizaba el autor de sus días, con el propósito de unirse en las afueras de Puerto Príncipe con los jefes de la insurrección. No pudo, sin embargo, realizar entonces su ardiente deseo porque antes de dejar la ciudad se recibió la noticia de que los patriotas camagüeyanos habían caído en poder de las autoridades; y pocos días después, el 12 de agosto de 1852, vertió España, para amedrentar a Cuba, la sangre preciosa de aquellos mártires. En signo de duelo y protesta, las mujeres de Camagüey se cortaron el cabello. Perseguido constantemente por las autoridades españolas, el General Quesada logró evadirlas embarcándose en una goleta el 31 de julio de 1855 y poco después llegó a México, donde encontró encendida la ardiente lucha entre clericales y liberales, y sentó plaza en aquel ejército con el grado de alférez.

El valor, el arrojo, la serenidad del proscrito cubano, unidos a las simpatías que despertaban su marcial apostura y el ideal de libertad por el cual había abandonado a su familia, le captaron muy pronto valiosas amistades; y como jamás le arredraron las empresas guerreras por peligrosas y difíciles que fueran, fue ascendiendo rápidamente hasta llegar al grado de General de División y al alto cargo de Gobernador Militar del Estado de Durango. Con aquel grado, y ejerciendo la gobernación en cinco ocasiones diversas en otros tantos Estados de la Confederación mexicana, tomó parte en la cruenta guerra del Imperio que terminó con el fusilamiento de Maximiliano de Austria, en la ciudad de Querétaro, el 19 de junio de 1867.

Dirigió el General Quesada la primera batalla librada contra los franceses en la Rinconada, Estado de Veracruz; y asediada más tarde la ciudad

de Puebla por tropas inmensamente superiores en número, disciplina y armamento a las de los mexicanos, forzó el sitio quince días después de establecido, cargando al enemigo heroicamente, como O'Higgins en Roncagua y atravesó sus trincheras erizadas de bayonetas y cañones, a la cabeza de 2000 jinetes.

Organizó el Cuerpo de Lanceros de Quesada, con el cual libró en corto tiempo infinidad de combates. Rechazó con buen éxito el asalto encarnizado que le dieron los terribles zuavos del famoso regimiento de Cazadores de Africa, al mando de su intrépido Jefe el Coronel Dupart, el 20 de noviembre de 1863.

Juárez, Santana, Lerdo de Tejada, Porfirio Díaz y todos los grandes hombres que en México sobresalían en aquella época fueron compañeros del General Quesada, cuya palabra era afable y convincente, refinados sus modales, arrogante su figura. De elevada estatura y anchas espaldas, la tez blanca, ligeramente bronceada por esa pátina que el sol deslía sobre el rostro de los guerreros, era el prototipo del caudillo militar. Sus músculos de acero le permitían realizar fácilmente a caballo y a pie, verdaderas proezas de agilidad, fuerza y resistencia, que asombraban a sus mejores soldados. Sus facciones eran hermosas; sus ojos pardos, grandes y expresivos; las cejas bien dibujadas; la boca de labios finos y los bigotes largos y sedosos, más claros que el cabello que tuvo castaño hasta que principiaron sus hilos a blanquearse bajo la fina luz de aquella luna azteca, al cruzar tantas veces con los más valientes generales mexicanos, sus compañeros de armas en aquella heroica jornada libertadora, los desiertos y serranías del vasto imperio, rechazando al invasor europeo con la misma intrepidez pero con mejor fortuna que los valerosos caciques de la misteriosa Tenochtitlán frente a la hueste heroica de sus épicos conquistadores, cubiertos de hierro y ávidos de botín.

Sus cualidades singulares, que tantas envidias habían de suscitarle, granjearon, en cambio, al General Quesada, el aprecio de muchos hombres prominentes y la admiración y tal vez el amor de intelectuales y bellas mujeres de la sociedad que contemplaban en la aureola del héroe, un reflejo fascinador y romántico de la causa que defendía.

Por otra parte, el triunfo de los mexicanos, creó al General Quesada, como era natural que sucediese, una posición brillante y elevada.

Como a la inmensa mayoría de los grandes hombres de todos los tiempos, le halagaban el placer, el fausto, acaso porque tiene un falso aire de gloria y cuantos alicientes concurren a hacer más intensa la dicha de vivir en la exuberancia de una juventud plétórica de fuerza y ambiciones. Pero como ante la existencia apacible del campo no fue tampoco el mando en la paz un ideal compatible con los alientos formidables de su temperamento de guerrero. Anente como los capitanes de Bolívar, a dar su sangre por la libertad de los pueblos oprimidos, vió llegar con la más íntima satisfacción la hora de ofrendarla a Cuba y de consagrar al servicio de su patria, su prestigio, su espada y su talento.

A principios del año de 1868 inicia el General Quesada sus nuevas actividades libertadoras haciendo un peligroso viaje a Cuba para tratar de levantar en armas a sus compatriotas oprimidos; pero las circunstancias no eran propicias y tuvo que abandonar de nuevo, misteriosamente, el suelo patrio. Su espíritu no decayó, sin embargo, por ese compás de espera, ya que

como buen cubano no encontraba más solución que la fuerza para tener patria libre. Si por desgracia la fortuna de las armas era contraria a la estupenda empresa, la heroica actitud de los cubanos serviría, cuando menos, de propaganda para la acción y de preparación diplomática para otros movimientos decisivos, que inevitablemente habrían de producirse, conforme sucedió poco después, porque una primera guerra de independencia tenazmente sostenida, tenía que despertar la conciencia del pueblo cubano, forjando sobre el yunque de las grandes pruebas el alma de la patria y Cuba tenía que ser libre. En la naturaleza misma de su lucha, estaba que, vencida aquella vez, volvería a renacer con mayores fuerzas, ya que de la política colonial de la metrópoli, tal como se había desarrollado a través de los siglos, sombría y opresora, nada podía ni debía deducirse tampoco que justificase la creencia en la evolución pacífica de una colonia española, desde la categoría de mera tierra de explotación hasta la altura de un estado autónomo.

Otro insigne cubano, el Doctor don Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, casado en segundas nupcias con doña Carmen de Quesada, hermana del General, fervoroso soldado en esa cruzada por la libertad inició la guerra el 10 de octubre de 1868 en su ingenio de La Demajagua y en él firmó el manifiesto en que daba a conocer al mundo las razones que obligaban a los cubanos a levantarse en armas contra España, proclamando la independencia nacional. Sus primeras disposiciones como Jefe de la Revolución que en la citada fecha se inició con el llamado Grito de Yara, fueron dictadas en favor de los esclavos y los primeros que su propia voz declaró hombres libres, fueron los que él mismo tenía a su servicio en los extensos campos donde se dio la señal de encender la sangrienta lucha que no se interrumpió sino diez años después, mediante el pacto de paz firmado en el Zanjón.

El ilustre ciudadano Carlos Manuel de Céspedes, cuyo recuerdo ha honrado Cuba estableciendo la Condecoración que lleva su glorioso nombre, prestó a su patria los más eminentes servicios y fue el primer Presidente de la República en virtud de la designación hecha a su favor por la Asamblea Constituyente reunida en Guáimaro el 11 de abril de 1869. Presidente de la Asamblea fue nombrado Salvador Cisneros Betancourt y Comandante en Jefe del Ejército Libertador el General Manuel de Quesada.

Formaba parte de la referida Asamblea, el Dr. don Antonio Zambrana.

El General Quesada había escogido la Isla de Nassau para organizar en ella la expedición con que intentaba invadir el Camagüey. En aquella posesión inglesa reunió gran número de entusiastas voluntarios que de todas partes acudían a alistarse en el primer cuerpo expedicionario que debía salir para Cuba. Más de cincuenta jóvenes de las más distinguidas familias habaneras sentaron plaza de soldados a las órdenes del General Quesada, al lado de otros muchos libertadores noveles procedentes de diversas localidades y hasta del extranjero, inflamados por el mismo patriótico entusiasmo.

El 27 de diciembre de 1868 cumplía el General Quesada la primera de sus promesas hecha a la revolución libertadora desembarcando la expedición del Galvanic, lujosa en hombres y en armas, en la anchurosa bahía de Guanaja.

Todas las dificultades originadas en una guerra de Cuba, mal preparada, contra España, entonces poderosa, fueron vencidas en corto tiempo por

el General Quesada; pero no pudo vencer la obstinada resistencia que los legisladores de su patria en armas trataban de oponer al mando militar en la fantástica creencia de que la libertad podía obtenerse mediante disposiciones de carácter civil; y para evitar mayores perjuicios que pudiera sufrir la revolución, renunció su alto mando militar entregándolo al General Tomás Jordán.

Era el de Cuba en armas contra España un problema netamente militar y las disposiciones del General Quesada, para organizar su ejército y ponerlo en condiciones de vencer, inquietaban a la vez que sorprendían a los legisladores que no apreciaban de la guerra sino su aspecto heroico y sus altas finalidades de orden político.

La renuncia del General Quesada fue el resultado del primer choque realmente grave entre las dos tendencias, militar y universitaria, centralizadora y oligárquica, que en el seno de la revolución, y desde el principio al fin, se disputaron con tenacidad la dirección suprema de la guerra. El constante cambio de los Jefes militares, es la mejor prueba de esa afirmación.

El Presidente Céspedes confió al General Quesada la delicada misión de allegar recursos en el extranjero, y desde entonces fue agente infatigable de la causa libertadora de Cuba a la que envió poderosas expediciones armadas, no obstante las dificultades que a veces encontraba debido a la campaña que contra él dirigían sus enconados enemigos.

En los Estados Unidos, en Francia, en Venezuela, en México; en Colombia, en el Perú y en Chile actuó de manera brillante el General Quesada y las numerosas expediciones armadas que pudo organizar, llegaron todas a Cuba al mando de su hermano el Coronel Rafael de Quesada, y dieron poderoso impulso a la revolución.

La última de estas expediciones organizadas por el General Quesada, fue la del vapor *Virginus* que iba al mando del General Bernabé de Varona, conocido por Bembeta, uno de los más intrépidos guerreros de aquella época. En esa expedición hacía su primer viaje Herminio de Quesada, joven de 18 años, que acababa de salir de un colegio de Nueva York y a quien el General, su padre, enviaba a la revolución como la prenda más querida de que podía disponer para ofrendar a Cuba. Por denuncia del Cónsul español en Nueva York la escuadra española que resguardaba el Puerto de Santiago de Cuba tuvo aviso de la salida de la expedición del *Virginus* y se dispuso a apresarla. Se hizo a la mar el cañonero *Tornado* y en aguas de Jamaica capturó el barco cubano el 3 de noviembre de 1873. El General de Varona, junto con otros jefes de la expedición, fueron fusilados al día siguiente y el 7 y el 8 del mismo mes, les siguieron en el camino de la muerte muchos otros expedicionarios.

El día 5, a las once y media de la mañana, entraba en la prisión el Comandante de contraguerrillas llamado Tizón, conocido por su ferocidad. Haciendo formar en filas a los expedicionarios les preguntó si entre ellos se hallaban Quesada o Aldama.

—Sí señor, contestó un joven delgado y simpático, aquí hay uno de ellos.

—Quién es y cómo se llama?

—Soy yo, Herminio de Quesada, hijo del General.

Doña Pamela Corvizón de Quesada, quien pasó también en Costa Rica

los últimos años de su vida, recibió el 11 de noviembre de 1873 una carta de su hijo Herminio, que decía lo siguiente:

—“Mis amados padres:

Dentro de algunas horas seré pasado por las armas; pero sepan que muero en mi puesto, es decir, lleno de valor y de resignación.”

Y la espartana madre, que era mi abuela muy querida, me refería con voz en que había una mezcla de tristeza y de orgullo, que ella le había escrito antes, al tener seguridad de que sería fusilado, una carta cuya copia decía así:

—“Lo único que te encargo es que no cometas ninguna acción indigna, no importa cual sea la suerte que te toque. Recuerda que eres hombre y debes ser fuerte y sobreponerte a todo.”

—Que la tierra te sea leve, Molita, fueron las últimas palabras de Herminio de Quesada, dirigidas a uno de sus compañeros, Arturo Loret de Mola, como él joven y lleno de virtudes y esperanzas.

Poco después en febrero de 1874, el General Quesada escribía a un amigo en París, las siguientes palabras referentes a la trágica muerte de su hijo:

—“Daba apenas los primeros pasos en la carrera de la vida. El libro de su existencia no tiene más que una página y muy breves palabras: Juventud, Esperanza, Deber y Muerte.

Yo no quiero llorar con lágrimas cobardes: pongamos un signo en la tumba donde reposan sus cenizas y Adelante! Mañana, en el mismo lugar del martirio, que flote vencedora la bandera de la patria libre.”

Estas últimas palabras de esa carta, fueron como una profecía del General Quesada porque la capitulación de Santiago de Cuba puso término a la soberanía de España en aquella Isla y hoy flota la bandera de la estrella solitaria en el lugar donde cayeron los mártires del Virginius.

He tratado de resumir las actividades del General Quesada dentro y fuera de su patria, guiado siempre por un inmenso amor a la causa de su libertad. Nunca fueron bastantes para quebrantar su espíritu en los diez años de la heroica lucha, ninguno de los tropiezos que encontraba en su camino, y cuyas enseñanzas, desfavorables entonces para Cuba porque restaban a una voluntad inquebrantable los medios de vencer, fueron aprovechados por los patriotas que en 1895 iniciaron con mejor fortuna la nueva guerra que dio por resultado la libertad de Cuba.

El General Quesada desempeñó en Costa Rica diferentes cargos públicos y cultivó con especial cariño, la íntima amistad del General don Juan Bautista Quirós cuya familia conserva una valiosa correspondencia que pone de manifiesto el empeño que por la libertad de Cuba mantuvo siempre el General Quesada, cuya muerte ocurrió en esta Capital el día 30 de Enero de 1884.

Sería demasiado extenso y además no podría completarla fácilmente, la lista de los emigrados políticos que en los últimos años han llegado a Costa Rica procedentes, casi todos, de México, Centro América, Colombia, Ecuador, Venezuela, Perú y Cuba.

En diferentes épocas han formado numerosas colonias de exilados que

al convivir con nosotros se adaptan fácilmente a nuestro ambiente apacible que tiene la virtud de moderar sus inquietudes.

Ex-Presidentes de la República, Magistrados, Ministros, Militares de alto grado, profesionales de gran prestigio y ciudadanos que en general han ocupado destacadas posiciones políticas en su patria, han disfrutado ampliamente del asilo que Costa Rica les brinda sin otra condición que la de mantenerse alejados de toda actividad que en cualquier forma pueda comprometer las buenas relaciones de nuestro Gobierno con los demás.

En el año de 1939, los emigrados políticos residentes en Costa Rica son en verdad muy pocos y entre ellos citaré algunos.

El Licenciado don Tomás Garrido Canabal llegó procedente de México donde ejercía el cargo de Gobernador del Estado de Tabasco. Durante las primeras semanas de su residencia en el país, el Licenciado Garrido fue objeto de violentos ataques publicados por elementos conservadores; pero la actitud moderada, la exquisita cultura y la ilustración del señor Garrido pusieron bien pronto a prueba que se trataba de un caballero digno de la mayor estimación y no tuvo eco ninguno la campaña que se intentó contra él.

Poco después adquirió una de las más valiosas fincas de ganado en la zona del Pacífico y otra residencial en San Pedro de Montes de Oca, llamada La Paulina, y por razón natural de su espíritu de empresa, ambas propiedades han recibido un poderoso impulso que se traduce en beneficio general por el mayor empleo de trabajadores bien retribuidos y cómodamente instalados.

El Licenciado Garrido Canabal es hombre de gran modestia, dedicado únicamente a sus trabajos agrícolas que lo mantienen alejado de toda intervención en los asuntos políticos de su patria, donde es considerado como uno de los caudillos de más alto prestigio.

El Licenciado don Alonso Garrido Canabal está instalando atualmente en la ciudad de Alajuela, una moderna planta para la fabricación de aceites vegetales en virtud de un contrato celebrado con el Gobierno.

Costa Rica produce una gran variedad de plantas aprovechables en esa industria, y sin duda alguna habrá de obtener grandes ventajas de la valiosa empresa del Ingeniero Garrido Canabal, quien disfruta también entre nosotros de la estimación que justamente merece.

La situación política de Honduras ha traído como consecuencia la llegada a Costa Rica de valiosos elementos de aquella sociedad:

El Doctor Vicente Mejía Colindres, ex-Presidente de la República durante los años de 1929-1933 y cuyo Gobierno se distinguió por su espíritu progresista y su respeto absoluto a la libertad.

El Doctor Venancio Callejas, graduado en Filadelfia, ha ocupado en Honduras destacadas posiciones, entre otras, la de Presidente del Congreso Nacional y fue también Delegado al Congreso Interparlamentario reunido en Washington en 1926. En Costa Rica goza de mucho prestigio profesional.

El Doctor Angel Zúñiga Huete, Ministro, Diputado y varias veces candidato a la Presidencia de la República, ocupa un lugar destacado en su patria y se le considera aquí como el Jefe más visible de la colonia hondureña.

Los Doctores Rafael Medina Randaes y Serapio Hernández también han ocupado en Honduras elevadas posiciones, entre ellas la de Ministro de Fomento y Hacienda, respectivamente.

Varios otros distinguidos ciudadanos hondureños residen hoy en Costa Rica y disfrutan de la cariñosa acogida que aquí se brinda, de manera especial, a los centroamericanos.

Hace pocos años falleció en esta capital el ex-Presidente de Nicaragua, don Carlos Solórzano Gutiérrez, quien fue escogido para el desempeño de aquel alto cargo por el Partido Liberal y una fracción conservadora. Durante su corta administración se dió principio a la pavimentación de Managua, lo mismo que a otras obras de progreso, que no pudo terminar porque un movimiento revolucionario promovido por los conservadores, lo obligó a abandonar el Poder, dando además, como resultado, la sangrienta y prolongada guerra civil en aquel país hermano.

El ex-Presidente Solórzano, después de corta permanencia en los Estados Unidos, se radicó en Costa Rica, donde falleció. De este ilustre ciudadano puede decirse que no dejó rencores ya que su administración se desarrolló sin opresiones, tal como era natural dado su temperamento apacible. Su distintivo fue siempre la caridad que ejerció en silencio.

Entre nosotros formó su hogar hace muchos años don Federico Solórzano, hermano de don Carlos. Es un caballero cumplidísimo, hombre de extraordinaria actividad que ha logrado mediante su trabajo, adquirir una firme reputación comercial.

La muerte del General Juan Vicente Gómez, Presidente de Venezuela, dio lugar a la llegada de un crecido número de ciudadanos que habían ocupado elevadas posiciones militares y políticas en aquella República.

Normalizada, en parte, la situación, muchos han regreado a su hogar, pero siempre quedan entre nosotros algunos valiosos elementos que por su espíritu de empresa constituyen factores de progreso que beneficia al país.

El caballero don Hugo Fonseca Rivas, por ejemplo, ha hecho fuertes inversiones tanto en Bonos de la Deuda Pública como en bienes inmuebles y en empresas comerciales. Cuando los Bonos de la Deuda Interna se cotizaban con elevados descuentos, el señor Fonseca Rivas los valorizó mediante la compra de una cantidad considerable y desde entonces principiaron a negociarse como documentos de crédito, por su valor nominal. Antes del señor Fonseca ningún capitalista del país había adquirido esos Bonos como productores de una renta que primero fue del 12% anual y luego, por disposición del señor Presidente Cortés, del 6% anual. Esos Bonos se adquirían anteriormente como valores de simple especulación y llegaron a representar el 50% de su valor nominal.

Hace algunos meses que una firma comercial adquirió la casa que se encuentra frente a las oficinas de La Tribuna, en esta capital y poco después, realizando una considerable utilidad, la traspasó al señor Fonseca Rivas quien valorizó también, en esa forma, la propiedad que por muchos años ha sido la residencia Presidencial y ahora está ocupada por la Escuela República del Perú.

El señor Fonseca Rivas entró a formar parte de la Empresa Teatral de don Mario Urbini, un gentil caballero italiano establecido en Costa Rica hace muchos años. El circuito teatral de los señores Urbini y Fonseca, abarca los mejores Teatros del país así como multitud de pequeños salones de cinematógrafo instalados en diferentes localidades. En la capital corresponden a la Empresa de los señores Urbini y Fonseca, conocida por Empresa Teatral

Mario Urbini, S. A., los siguientes Teatros: Palace, Variedades, América, Moderno, Líbano, Keith e Ideal, que exhiben películas de las más reputadas firmas americanas y europeas.

Personalmente, el señor Fonseca Rivas es un caballero de refinada cultura, de trato atrayente, que inspira confianza y simpatía. Pertenece al Club Rotario de Costa Rica y en asocio de Mr. Marion G. Reed, don Modesto Martínez, el Doctor Peña Chavarría y otros distinguidos miembros de esa asociación internacional, está siempre dispuesto a prestar su valioso concurso en todas las generosas iniciativas de bien público.

La familia Fonseca Rivas disfruta de elevada posición en nuestra sociedad.

Otro emigrado venezolano que cuenta en Costa Rica con muchas merecidas simpatías es el General Vincencio Pérez Soto, quien ha hecho también cuantiosas inversiones como la que representa la compra del Edificio Palace en la esquina del Parque Central de San José, por la suma de ₡ 800.000.00.

En esta propiedad del General Pérez Soto se encuentran el Teatro, la Farmacia y la Soda Palace y el Almacén de los señores Llobet y Riba. En la planta alta tienen sus despachos profesionales los Doctores Antonio A. Facio, Aléxis Agüero, Adolfo Jiménez de la Guardia y Hermann Carmiol.



Sección de la carretera al volcán Poás, construida por la Empresa El Ingenio, del ingeniero don Francisco Jiménez Ortiz.



Edificio que ocupa el DIARIO DE COSTA RICA, el más antiguo de los periódicos del país. Fue fundado en el año 1919, al verificarse el cambio de gobierno por ausencia de los señores Tinoco y desde entonces ha venido aumentando su prestigio hasta constituir hoy un órgano respetable de la prensa nacional.

Su propietario es don Otilio Ulate, periodista ventajosamente conocido en América.



MIS VACACIONES EN COSTA RICA

En el año 1858 llegó a Costa Rica en viaje de recreo a la vez que de estudio, el señor Thomas Francis Meagher, irlandés de nacimiento, acompañado de su íntimo amigo y condiscípulo, el venezolano don Ramón Páez, hijo del ilustre General José Antonio Páez, héroe de la batalla de Carabobo.

Permaneció el señor Meagher en nuestro país durante tres meses y más tarde publicó en la Revista New Monthly Magazine, de Nueva York, las impresiones de aquel viaje con el título "Mis Vacaciones en Costa Rica", en tres artículos que fueron traducidos y publicados aquí en el año de 1929 por nuestro bien reputado historiador don Ricardo Fernández Guardia, quien ha tenido la gentileza de autorizar su reproducción en estas páginas

Las ilustraciones de los tres artículos son dibujos de un hábil artista americano y constituyen para nosotros obras de gran valor histórico por la exacta reproducción de nuestros edificios y paisajes, así como de algunas costumbres de hace casi un siglo.

Estos grabados se deben a la cortesía de la Junta Nacional de Turismo de Costa Rica, que en su constante empeño en dar a conocer nuestro país, no omite gasto ni esfuerzo para llenar del mejor modo sus importantes funciones.

La entrada principal de Costa Rica por el Pacífico es actualmente Puntarenas, en el Golfo de Nicoya. El Columbus, un barco viejo de proa a popa, al que han puesto una hélice, nos llevó a principios de marzo de 1858 de Panamá a Punta Arenas en menos de tres días.

El viaje fue delicioso. Durante toda la travesía tuvimos a la vista y con frecuencia a tiro de piedra las costas de Veragua, la Provincia más septentrional de la Nueva Granada. Las montañas de la Península de Azuero brillaban todo el día por entre la bruma azul. A la puesta del sol resplandecían los peñascos de Los Frailes, unos peñascos grises rodeados de rompientes chispeantes, entrantes y salientes, sobre cuyas espumas desparamadas revoloteaban millares de aves marinas. A la puesta del sol aparecían las estrellas, la playa blanca brillaba más allá de la línea de las aguas purpurinas y, aquí y allá, sobre la costa y dentro de la selva, se veía el fuego solitario de una choza. Todo el tiempo la mar estuvo tranquila como lo está en verano un lago, en medio de cálidos cerros cubiertos de bosques, y a medio día estaba maravillosamente bella y luminosa, tan luminosa que al mirar sus profundidades se habría podido imaginar que tenía un fondo de diamantes y que eran de oro purísimo las flores marinas encarnadas y amarillas que de ella se desprendían y flotaban hacia arriba, haciendo burbujas al subir.

En cuanto al pasaje, muchísimas nacionalidades, profesiones, fases de la vida y destinos figuraban en él. San Jorge tenía como campeón a Mr. Peiry, un joven inglés afable, inteligente y generoso que acababa de ser nombrado vicecónsul de la Gran Bretaña en El Realejo, Nicaragua, y se dirigía a Guatemala para recibir instrucciones del cónsul general Mr. Wyke. A las águilas de Napoleón hacía centinela un francés vehemente, un sujeto de baja estatura, robusto, musculoso, ágil y atezado, con pantalones de nanquín, es-



A la puesta del sol resplandecían los peñascos de Los Frailes, unos peñascos grises rodeados de rompientes sobre cuyas espumas revoloteaban millares de aves marinas.

carpines de charol y sombrero de pita, el cual se deslizaba sin cesar de uno a otro extremo de la cubierta, exponiendo con énfasis sus opiniones sobre música, política y comercio a un alemán enjuto, de bigotes pálidos, que cojeaba a su lado como si estuviese condenado a tal ejercicio.

Este francés era singularmente activo, aventurero y audaz. Fue primero pescador. Desde su cuna, en una de las terrazas de Brest, fue arrojado al garete a las tinieblas de Terranova y allí llegó al florecimiento de la edad viril comiendo bacalao y bebiendo ron. Habiéndose escabullido de los Bancos, se echó a rodar mundo. Había estado en todas partes, en las antípodas, en los polos, con ranas y cocodrilos, fascinadores de serpientes y bayaderas; las montañas flotantes de hielo y los campos de palmeras le eran igualmente familiares. Cinco años antes se encontraba en la villa de David, Proviacia de Veragua, doscientas millas al norte de Panamá, y habiéndose enamorado allí de una muchacha india deslumbrante, con la cual se casó sobre la marcha, acabó por sentar el real. Desde entonces le iba bien.

Para decir verdad, su casamiento fue una boda dorada que le aportó rebaños, plantaciones, barcos, vastas llanuras y selvas. Algunos pretenden que posee en secreto ciertas minas de oro, un verdadero Dorado en las montañas del Istmo.

La víspera de nuestra salida de Panamá llegó allí fresco y ágil, después de un viaje de dieciocho días en mula desde David y por la más salvaje de las regiones. Ríos torrenciales, demasiado profundos para ser vadeados, le cerraban a menudo el paso, teniendo que echarse en ellos con la ropa liada a la cabeza como un turbante y cruzarlos bregando y con la mula a remolque. Se dirigía a San José, la capital de Costa Rica, lo mismo que nosotros.

Venezuela estaba representada con algún desdoro por un mercader escuálido y curtido que hace negocios en Panamá. Importa sedas y vinos, sardinas y ciruelas pasas y está muy interesado en las pesquerías de perla de la isla del Rey y demás islas de la costa. Tiene un corazón tan cerrado como una ostra y su cara es tan inexpresiva y áspera como la valva de este molusco.

Guatemala tenía mejor suerte. La representaba el señor Larraondo. Su figura y su tez no corresponden a su munificencia y gentileza. Es un caballero alto, seco, de cara cetrina con una patilla gris debajo de cada oreja y dedos de esqueleto; pero estos dedos han agarrado más de un buen doblón. Productor de azúcar en gran escala, su finca le ha dejado 200.000 dólares en cada zafra durante los últimos cuatro años.

Todas las mañanas, al salir del desayuno, dos sacerdotes se sentaban invariablemente cerca de la timonera. Ambos eran de España. Uno de ellos catalán, el otro aragonés. El catalán era capuchino, el aragonés jesuita. Este último era el más notable de los dos.

Tenía la cara pecosa, los ojos inyectados, unas barbas cobrizas, un solideo de terciopelo desteñido, una sotana raída y hebillas ordinarias de acero en los zapatos aplastados; pero se nos dijo que dentro de aquella vestimenta raída palpita un corazón entusiasta; que debajo de aquel solideo de terciopelo desteñido bullía un cerebro fértil. El jesuita era instruido, elocuente y piadoso. Teólogo profundo, orador de primera fuerza, soldado intrépido de

la cruz, él también conocía la mayor parte del mundo. Había estado en China, las Filipinas, el Paraguay, el Brasil. A bordo se encontraba más de uno que sabía su historia. Sus trabajos, su retórica sagrada, su heroísmo en todas aquellas tierras lo habían hecho famoso.

En la mañana del tercer día, después de nuestra salida de Panamá, se abrió el Golfo de Nicoya para recibirnos. Allá a lo lejos, a mano izquierda, se vislumbraba entre la bruma el cabo Blanco, malecón oriental de esta gran entrada. A la derecha estaba el volcán de la Herradura con la isla broncínea del Caño, dormida a su sombra como una atalaya. Más allá del Golfo, a medida que se fue disipando la bruma, brotaron las montañas más altas que brillaban sobre las aguas: el domo de San Pablo (el cerro de Turrubares) cubierto de masas de nubes blancas; el pico del Aguacate, espejeando al sol; más lejos aún y a mucha mayor altura, las montañas de Dota se fundían con la profunda magnificencia del cielo, como si sólo fuesen nubes. A lo largo de toda la margen opuesta y uno tras otro asomaron reverberando grupos de isletas: Los Negritos, San Lucas y Pan de Azúcar, islas mezquinas y estériles, cuyos cimientos son ricos en perlas. Entre tanto se avivó la brisa haciéndose cálida, y la mar, murmurando y palpitando, cabrilleaba en torno nuestro. A medio día estaba crecida y agitada. Habíamos llegado a nuestro destino.

Diseminado a lo largo de un banco bajo de arenas que resplandecía a través del Golfo, estaba Punta Arenas con sus techos de tejas de barro colorado, sus casas de madera encaladas, sus campanarios, sus astas de banderas y chozas pardas cubiertas de hojas de plátano. Añiles, manzanillos venenosos y palmeras tachonaban en diferentes puntos el cuadro relumbrante, sombreándolo un poco. En la playa, frente por frente de nosotros, había una casa liviana de madera, construida y pintarrajeada a modo de pagoda. Cerca de allí, en la rada, la bandera francesa pendía del palo de mesana de un bergantín, desde cuyo alcázar apuntaba hacia nosotros un brillante catalejo. Más cerca de donde nos hallábamos estaba anclado un barco holandés que tenía un toldo de popa a proa y los costados cubiertos con esteras, para resguardar del sol su cargamento de madera. Por todos lados nos rodeaban enjambres de embarcaciones más pequeñas: botes, piraguas, lanchones y bongos, llevando y trayendo carga de los barcos. En torno nuestro había por todas partes montañas y selvas que circulaban el ardiente espectáculo con sólida grandeza, contemplándolo en silencio. De pronto sonaron las campanas de la iglesia anunciando que el buen jesuita había llegado y se encaminaba de prisa al púlpito de San Rafael.

Mirado desde el ardiente Golfo de Nicoya, Punta Arenas resulta hermoso, pero está bastante atrasado. No tiene malecón ni muelle, ni embarcadero nuevo ni viejo, ni nada que se le parezca. Se baja a tierra en un bote, un bongo o un lanchón, como le venga a uno en gana o le permuta el bolsillo. Un bote cuesta un peso. A marea baja, las últimas cincuenta yardas del viaje hasta el pueblo, que son del cieno más pegajoso, tienen que hacerse a espaldas de un natural del país cuyas rodillas, según puedo atestiguarlo, no son lo más firmes cuando se les pone a prueba de 200 libras de carne irlandesa, una escopeta de dos cañones y unas botas de montar, por añadidura.

Hay un puerto interno y otro externo. El último, el cual admite bu-



El Estero de Puntarenas en 1858. Es un puerto interno formado por la costa firme y el promontorio o lengua de arena sobre el cual está diseminada la población y sólo es accesible para balandras, piraguas o goletas pequeñas.

ques de considerable calado, es seguro, amplio y de fácil acceso. Sin embargo, los barcos que calan más de siete pies, tienen que anclar a una legua del puerto de desembarque. La carga hay que sacarla en partes y luego traerla a tierra en lanchones o gabarras. Esta es, por supuesto una operación molesta y cara, que impone gastos y ofrece no pocos riesgos. El puerto interno, formado por la costa firme y el promontorio o lengua de arena sobre que está diseminada la población, sólo es accesible para balandras, piraguas o goletas pequeñas.

En media hora se familiariza el extranjero con lo que hay que ver en Punta Arenas. Nueve veces sobre diez, encuentra cerca del desembarcadero una yunta de bueyes desuncida, mascando cogollos de caña de azúcar y tomando el fresco a la sombra de un guanacaste, cuyas raíces penetran muy hondo en la arena candente. Caminando trabajosamente en esta arena y doliéndole los tobillos, se llega a la plaza en cuyo centro se alza un obelisco de madera (una garita de hechura ordinaria y proporciones mezquinas) conmemorativo de los servicios del General José María Cañas, quien peleó con tanto valor y se condujo con tanta magnanimidad en la guerra contra

los filibusteros. El General Cañas es natural de Puntarenas (esto es un error porque el General Cañas nació en El Salvador) y a su generoso impulso y espíritu público debe principalmente ese lugar la prosperidad de que disfruta. El General no tiene nada, absolutamente nada de militar. Sus facciones, sus modales, su modo de andar y el estilo de su conversación son los de un paisano como hay muchos. Sin embargo, esto se debe a su modestia y reserva extremadas que rayan en embarazosa timidez; pero al cabo de corto rato, cuando se ha conversado un minuto con él, su semblante se anima y sus ojos claros y tranquilos, sus labios firmes y delgados, las opiniones que concretamente emite revelan al hombre de voluntad inflexible, de juicio y de valor. Es además sumamente cortés, caballeroso y gentil.

El mercado está un poco aparte de la calle principal y a corta distancia de la plaza. La tarde que lo visitamos había en él gran animación. El café estaba viniendo del interior, varias carretas cargadas de ese fruto habían llegado ya al puerto y todos los puestos y tiendas se hallaban atestados de gente. Asimismo lo estaban las galerías y los soportales cubiertos de telarañas que daban sombra por tres costados a este sitio bullicioso. Pirámides,



El mercado de Puntarenas en 1858. Pirámides de cocos y naranjas, tasajos de carne salada, faldas blancas como la nieve y chales de color de arco iris, sombreros de paja y sandalias de cuero crudo, machetes y espuelas colgantes, las legumbres más verdes, loros, frutas en conserva, instrumentos de música, quesos, cerdos, frijoles guisados y monos. Allí se encontraban las novedades más escogidas y extrañas, amontonadas, esparcidas y revueltas.